

REAL ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN

EL EJÉRCITO

COMO ELEMENTO INDISPENSABLE PARA LA VIDA NACIONAL

CONFERENCIA

DE

D. JOSÉ COUSIÑO QUIROGA

PRONUNCIADA EN LA SESIÓN PÚBLICA DE 28 DE MARZO DE 1917



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME RATÉS

Costanilla de San Pedro, número 6.

1917



REAL ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN

EL EJÉRCITO

COMO ELEMENTO INDISPENSABLE PARA LA VIDA NACIONAL



CONFERENCIA

DE

D. JOSÉ COUSIÑO QUIROGA

PRONUNCIADA EN LA SESIÓN PÚBLICA DE 28 DE MARZO DE 1917



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME RATÉS

Costanilla de San Pedro, número 6.

1917





SEÑORAS, SEÑORES:

Dos sentimientos muy distintos se apoderaron de mi ánimo al recibir la invitación cariñosísima de mi querido amigo el Secretario de esta Corporación, Sr. Pons, para que viniera á dar esta conferencia. Fué el primero de una inmensa alegría, porque para mí el venir á ocupar este puesto, dignificado, ennoblecido por las ilustres personalidades que me han precedido en él, era lograr, como si dijéramos, la consagración, el máximum de mis aspiraciones, era ver realizada una de las ilusiones de toda mi vida; pero, por esto mismo que era lograr un honor tan grande el llegar hasta aquí, el segundo sentimiento que se apoderó de mi espíritu fué el del miedo, fué el del apocamiento, el del temor al comparar la pequeñez de mis fuerzas con la magnitud del trabajo que había echado sobre mí; yo pensé en que, en la comparación, iba á resultar mi figura muy empequeñecida y mis medios muy escasos para desenvolverme en este ambiente. Pero, como la ignorancia es muy atrevida (yo soy una prueba de ello), y la sabiduría en cambio es muy magnánima, confiado en que lo ilustrado del auditorio había de saber suplir esta deficiencia mía, esta insignificancia de mi persona con su benevolencia, me animé á venir y á dirigirme á vosotros.

Una de las cuestiones que seguramente ha de haber llamado vuestra atención ha sido el tema. El tema, en realidad, no lo elegí yo; me lo dió elegido también mi queridísimo amigo el Sr. Pons al hacerme la invitación para la conferencia. Estas fueron sus palabras: ¿Por qué no nos dice usted algo del Ejército? Y yo acepté, y acepté muy gustoso.

Chocará que en una reunión de civiles (llamamos así por antonomasia á los que no son militares), en el templo del Derecho, de la Ley y de la Jurisprudencia, venga á hablarse de la cuestión militar que, si no antitética, por lo menos está separada de ello. Y precisamente yo he querido venir á hablar aquí, porque lo que voy á deciros, dicho en un cuartel, ó en un círculo militar, no tendría interés ninguno; sería predicar á convencidos, y á los que es preciso convencer es á los que todavía no lo están, ó son abiertamente adversarios al establecimiento y existencia del Ejército; y me pareció que estas circunstancias, además, eran también las más favorables, puesto que en los tiempos que atravesamos, en realidad, no puede haber pacifistas ni no pacifistas; ante la realidad de los hechos en los momentos en que está conmoviendo á Europa entera el conflicto que está ensangrentándola, cuando el mundo es una orgía de destrucción y de horrores, no creo que haya nadie que se atreva á negar la necesidad de estar siempre dispuestos para la lucha y para la defensa. Sería el caso de aquel famoso escéptico de la zarzuela de los hermanos Quintero, que cuando dice enfáticamente: «yo niego la muerte», le contesta Española: «Pues mire usted, amigo, la gente se muere por ahí». La paz será un hecho; pero en la actualidad catorce naciones están demostrando lo

contrario, y esto es así porque no tiene más remedio que serlo. La vida es lucha desde su principio hasta su fin, lo mismo en lo espiritual que en lo físico, lo mismo en lo individual que en lo colectivo. En lo espiritual, lucha el principio del bien con el del mal, dentro de nuestra propia alma. En lo material, desde que el hombre nace á la vida y trata de desenvolverse su organismo, constantemente están acechándole en su camino elementos patógenos, causas que tratan de detener su desarrollo, que originan las enfermedades y en algunos casos hasta la muerte.

En el orden social, al desenvolverse el individuo dentro de la sociedad, como este desenvolvimiento no está sujeto á leyes fijas é inmutables como son las de la gravitación universal, constantemente está teniendo rozamientos, á veces hasta verdaderos choques, tanto en lo moral como en lo físico, con los otros individuos que con él conviven y que están sometidos al mismo régimen.

De todo ello puede deducirse que la lucha es inherente á la vida humana en todos sus aspectos, radica dentro de su propia esencia, pero al mismo tiempo y con el mismo carácter de esencialidad se destaca inmediatamente la necesidad de la defensa.

En el orden espiritual, la Moral y la Religión con sus principios y sus preceptos tienden á robustecer el espíritu contra las consecuencias que pudiera tener la lucha dentro de él entablada entre los principios del bien y del mal de que antes hablamos.

En el orden físico ó material, desde que el niño nace se trata de abroquelarle contra la enfermedad por medidas profilácticas, y la medicina y la higiene tratan de

robustecer el organismo para que pueda salir triunfante en la lucha que necesariamente ha de sostener, y hasta se llega como en la vacuna y en las inyecciones anti-rábicas, á inocular en el organismo los propios gérmenes del mal que se trata de combatir para que cuando lleguen al máximum de su desarrollo la naturaleza acostumbrada ya á su gestión interna se halle lo suficientemente robusta para resistir su empuje.

En el orden colectivo, para impedir que en esos inevitables rozamientos entre las individualidades que lo integran el más débil sea atropellado por el más fuerte, se han preparado las sociedades para en su propio seno organizar la fuerza que declare el derecho de cada uno y que con poder supremo obligue á cumplirlo á quien trate de extralimitarse, y surge el Estado, primero en la familia, después en la tribu, más tarde en la ciudad, últimamente en las nacionalidades, para realizar ese fin de defensa social de las necesidades, del interés de los mejores contra las transgresiones de los peores.

Y así se ve que la defensa, desde el punto de vista individual, se considera como un derecho reconocido en todas las legislaciones del mundo; pero, en el orden colectivo, este derecho de legítima defensa pasa á ser algo más: pasa á ser una obligación. Hasta en el orden civil sucede. Yo puedo renunciar á los derechos míos, pero no puedo hacer renuncia de los derechos que se conceden á las personas que están sometidas á mi cuidado, á las personas de quienes yo soy responsable. Y en el orden social, la sociedad no puede renunciar á la obligación que tiene de defenderse contra aquellos que pretenden transgredir la manera de ser de ella en su existencia interior.

Y vamos á entrar ya en un tema que ha de ser el que sirva de base al desarrollo de esta conferencia: la idea de Patria. No es necesario que explane la idea de Patria entre vosotros, porque estoy hablando á personas de cultura superior, de cultura muy elevada, y en todos vosotros está seguramente la idea de Patria, tal como todos la concebimos; no es necesario que os haga la diferenciación, tan esencial entre personas de cultura inferior, entre Nación, Patria, Estado y Gobierno. Son cuatro cosas completamente distintas.

Sin embargo, yo de la Patria tengo una idea que os quiero expresar. Algunos dicen que la Patria es una idea abstracta, intangible. Es verdad; en su fundamento, sí. La materialidad, la parte corporal de las organizaciones colectivas humanas, tal como hoy están constituidas, es la nacionalidad. Constituye esta precisamente: la Nación, la agrupación de individuos, el territorio en que esta agrupación reside. Pero, como dice Azorín, los objetos tienen una existencia espiritual, por mejor decir, no una existencia espiritual propia, sino que parece que hablan á nuestro espíritu dentro de su materialidad, de una manera que, produciendo en nuestra mente sensaciones diversas por un fenómeno reflejo á nosotros, nos parece que esas cosas tienen alma; así las naciones tienen para con los individuos que en ellas habitan esa relación espiritual, saben inspirar esa sensación especial, que pudiéramos decir es el alma suya, y este alma de la Nación entiendo yo que es lo que constituye la idea de Patria.

Los hombres no vivimos solos, vivimos agrupados; esta agrupación no es caprichosa, esta agrupación la hace la comunidad de necesidades, la analogía de me-

dios y de fines. Por eso, todos los que vivimos agrupados dentro de esta comunidad de intereses, de fines y de necesidades, tenemos una misma aspiración, tenemos un mismo punto de contacto. Dentro del alma de todos los que constituimos la nacionalidad existe la misma idea de Patria, es el alma de toda la Nación, y como el alma está en todo el cuerpo y en todas y cada una de sus partes, todos nosotros llevamos dentro de nuestro espíritu un pedazo de Patria. Y no es una idea inmaterial, intangible como muchos creen. Yo entiendo que la Patria es una idea perfectamente tangible, y hasta si se me apura un poco, diré que tiene algo de egoísmo.

Como he dicho antes, tenemos los hombres que vivir en algún sitio, y ese sitio en que vivimos por nuestro propio interés, por nuestra propia comodidad, debemos de procurar que sea lo más grande, lo más cómodo y confortable que pueda existir; es la casa donde hemos de morar, y la Nación, el pueblo en que hemos de habitar. ¿Es necesario que yo os diga que se vive mucho mejor en el pueblo grande, rico y próspero, aun con menos medios de fortuna, que en el pueblo pequeño, empobrecido y débil?

A todos se os alcanza, es perfectamente claro que cuanto mayores sean la civilización, la cultura y el grado de prosperidad del pueblo en que se vive, mayores son las comodidades con que puede vivirse; pero, precisamente, para crear este pueblo, para engendrar esta colectividad, es necesario que todos pongamos de nuestra parte una cantidad de esfuerzos, y aquí viene ya la causa que hace que algunos digan que no sienten el patriotismo. El patriotismo, como todas las teorías basadas en la asociación, es realmente la absorción del individuo

por la colectividad, es el sacrificio de los intereses individuales en aras de los intereses colectivos; por eso los egoístas, que no se sienten capaces de este sacrificio, niegan la idea de patria, quieren sólo la consecución de su fin por sí solos, ó, mejor aún, haciendo que los demás desarrollen su esfuerzo para conseguir ellos el logro de sus aspiraciones. Por eso, el verdadero patriotismo debe aspirar á que todos y cada uno cumplan con su deber para la realización de estos fines, para la construcción de esa casa grande, para la constitución de ese pueblo próspero y rico. Esta es la aspiración dentro de la paz.

Pero ahora viene otra cuestión, viene otro caso. Así como en el orden individual surgen conflictos entre diferentes individuos, en el orden de las nacionalidades surgen también conflictos entre una y otra. En el orden individual, los conflictos, aun teniendo mucha importancia, la tienen menor que en el orden internacional. Los individuos, agrupados y tal como están hoy, constituyendo la nacionalidad, constituyendo el Estado, tienen el modo de resolver sus conflictos, tienen la manera de resolver sus cuestiones; aun cuando se llegue á la lucha, la lucha en muy raras ocasiones llega al conflicto sangriento, y el Estado, con un poder supremo, cuando uno se sale del cumplimiento de sus obligaciones é infringe el derecho, las organizaciones del Estado le obligan á cumplirlo por la fuerza de la coacción, que es la norma del derecho. Pero entre dos Estados igualmente soberanos, entre dos Potencias igualmente fuertes, sobre las cuales no exista autoridad ninguna superior, ¿quién preestablece ese derecho con fuerza suprema é inapelable? Nadie; no puede existir. Cuando uno de aquéllos vulnera el derecho de otro ó trata de atropo-

llarlo, tiene que ser necesariamente por la fuerza, saliéndose, ya sólo por esto, de la esfera del derecho; y ¿qué medio hay para impedir esta transgresión del derecho, qué forma de evitar el atropello? No hay más remedio que oponer á la fuerza la fuerza; porque aun cuando un Estado más fuerte que los otros dos tratara de impedir esa transgresión, ¿qué medio tendría á su vez para evitar la agresión violenta? La violencia también; necesitaría recurrir á la fuerza y el empleo de la fuerza por las naciones es la guerra.

Y hemos llegado ya precisamente al punto que sirve de base al desenvolvimiento de mi tesis. La guerra no será, como dice Proudhon, un mal necesario, pero, por lo menos, parece hasta ahora un mal inevitable. El primer hecho que en la Historia Sagrada aparece, después de la expulsión de nuestros padres del Paraíso, quizás el primer movimiento de la humanidad, es un fratricidio, es una lucha, es Caín matando á su hermano.

Si investigamos en la Prehistoria—tan elocuente por lo mismo que está escrita sin palabras—que nos han dejado los descubrimientos geológicos, y vemos en el terreno cuaternario las primeras huellas del desenvolvimiento de la inteligencia humana, nos encontramos con que el primer instrumento que el hombre labró fué un arma, hecha con el femur de un animal aguzado por uno de sus extremos, que él labró para defenderse de los animales y aun quién sabe si de los otros hombres. Es más; la historia está siempre llena de luchas entre tribus primero, entre razas más tarde, entre nacionalidades después. Quizás hoy ya se va viendo el principio de una orientación nueva; se unen varias naciones, formando confederaciones mayores, para dirimir las dis-

cordias que entre ellas surgen por la diversidad ó la comunidad de sus intereses; quizás el día de mañana estas agrupaciones sean de Continente contra Continente, y quién sabe si aún en algún día no llegarán á tener una existencia las elucubraciones de la imaginación calenturienta de Horacio Wells y llegará la lucha de mundos contra mundos; porque creo que mientras la humanidad exista, las luchas continuarán existiendo.

De esto hay una prueba: Dios, con ser Dios, se hizo hombre y bajó al mundo á predicar el bien, la fraternidad y el amor entre todos los hombres, y el símbolo del Cristianismo, esa Cruz que Él regara con su sangre para redimir á los hombres, convirtiéndolos á todos en hermanos, ha servido después de emblema para las luchas más cruentas que han sostenido las naciones, y á pesar del Cristianismo, continúa batallándose, y es que yo creo que la guerra no tiene remedio.

Y nos encontramos ya en el caso de que ese pueblo, de que ese edificio, de que esa labor que nosotros hemos hecho para obtener la comodidad nuestra, la tranquilidad y la vida feliz de las personas á quienes queremos, se ve amenazada de destrucción, se ve avocada á tener que sufrir los horrores de la lucha. Un país extranjero, cualquiera de los pueblos vecinos, quizás por la ambición de esa riqueza que nosotros hemos conseguido acumular y que la desea para sí propio; quizás porque en el desenvolvimiento de su vida siguiendo las mismas leyes de la Naturaleza se expansiona, y como el espacio es limitado, tiene que chocar contra los que le rodean; pero el caso es que ese pueblo próspero que nosotros hemos edificado á costa de tantos sacrificios y de tantos desvelos, se va á ver amenazado por otro. A to-

dos seguramente se os está ocurriendo lo mismo: es necesario acudir á la defensa de ese interés nuestro. ¿Quién no piensa en defender su casa cuando la ve invadida por gente extraña? Y si es horrible la invasión de la casa pequeña por un grupo de merodeadores, de salteadores ó de bandidos, figuraos lo que significa la invasión de la casa grande, de la casa de todos, de la Patria, no por una horda pequeña, sino por un ejército organizado que metódicamente se va posesionando de ella. La escena es verdaderamente horrible, y no he de tener necesidad de recurrir á pinceladas retóricas para exponéroslo; no necesito buscar en la paleta colores tenebrosos para pintaros este cuadro, basta con que vosotros vayáis leyendo las relaciones que de la presente guerra se hacen en todas partes. Figuraos lo que significa el éxodo de la población civil; figuraos, los que tengáis hijos, á los cuales habréis dedicado todos vuestros afanes y desvelos, lo que significará para vosotros el ver á vuestras esposas y á esos niños atravesando por una carretera, haciendo el camino á pie, pues no hay que contar con los ferrocarriles, que de ellos se ha incautado el Estado para la movilización de tropas, ni con los automóviles, que también han sido requisados, y las caballerías lo mismo; y viene la escasez de los elementos de vida, sin que el dinero sirva para nada, porque donde nada hay nada puede comprarse, y entonces surge la fiebre y el hambre, y esos seres que van huyendo de los horrores de la guerra en las circunstancias más adversas, tienen que sufrir las más horribles privaciones, las inclemencias de la atmósfera, los atropellos de la muchedumbre.

Es necesario, por tanto, que todos los hombres pense-

mos en defender eso que nos es tan querido; y, ¿cómo lo podemos defender? ¿Bastará nuestro esfuerzo individual? ¿Es suficiente, aun cuando cada uno de nosotros fuera un Guillermo Tell y tuviera en su mano un fusil, bastarían todos esos esfuerzos aislados para impedir que el adversario penetrara dentro de nuestro territorio? Yo creo que no; creo que la única manera de contener al adversario, de oponer á la invasión de nuestra Patria una defensa eficaz, un valladar que la contuviera, es la constitución de una mole, de un bloque poderoso y bien organizado. Al río que se desborda no le arrojéis piedras sueltas para formar un dique; ponedle delante un dique ya hecho. Quizás el río en su ímpetu choque contra la base de la montaña y en ella origine deterioros: son las víctimas que tienen que sacrificarse por la Patria; pero los que están en la cúspide, que son las personas que nosotros queremos apartar del peligro y del riesgo, esos seres quedan á salvo. Y yo creo que el único dique que se puede oponer á la invasión extranjera, es el Ejército. Y esta creencia mía es la que ha motivado que yo me atreva á molestar hoy vuestra atención. Porque en España es necesario convencer á todo el mundo de que únicamente puede ser eficaz la defensa por el Ejército.

En las guerras grandes, únicamente por esta organización grande también, se consiguen resultados positivos. No quiero hablar de las guerras civiles; las guerras civiles son la vergüenza de los pueblos que las hacen. Esas luchas entre hermanos por minucias, por pequeñeces de política ó de dinastía, más que servir de instrucción, de ilustración en sentido técnico, deben servir tan sólo para avergonzar á aquellos que las han practicado



y tratar de corregirlos para que en lo sucesivo no se vuelvan á repetir, y lo triste es que no puedan ser borradas de la historia.

Hoy vamos á tratar sólo de las guerras grandes y la guerra ha cambiado de aspecto radicalmente. Ya el Conde de Moltke, al empezar su *Historia de la Guerra Franco-prusiana*, lo dice: «Pasaron los tiempos en que pequeños ejércitos de soldados de profesión, hacían la guerra para fines políticos ó dinásticos, y después, ó buscaban cuarteles de invierno ó se firmaba la paz.» Hoy en día, la guerra se hace por necesidad, son fines económicos los que la inspiran y como va en ella la vida nacional llama á las armas á la nación entera; todos sienten por igual el peso de la catástrofe; todos sufren de igual manera sus efectos, y por eso es necesario que la nación entera esté preparada para la lucha; es necesario que toda la nación se ponga en armas. Y ¿qué armas? Antiguamente, la guerra era realmente fácil de hacer; cualquier señor de horca y cuchillo, de pendón y caldera, levantaba su mesnada á poca costa. Un hombre más ó menos armado á la ligera, en armas defensivas, con un escudo, un venablo y una espada, podía recorrer el mundo de punta á cabo sin preocuparse más que de ir viviendo en el país que ocupaba. Hoy es muy distinto; mas no temáis, los civiles ni los militares, que vaya á haceros ahora una relación detenida y circunstanciada de los elementos de guerra y materiales modernos; de buena gana lo haría, que á ello me atraen por mucho mis aficiones, pero sería abusar de vuestra benevolencia y además no dispongo materialmente de tiempo para ello; por eso voy solamente á pasar como sobre ascuas sobre esta parte del tema; de la que, sin em-

bargo, no puedo prescindir por completo. Voy, pues, muy brevemente á hacer una relación de estos elementos materiales.

El fusil.—Casi todos vosotros lo habéis visto; no es una máquina complicada, es relativamente sencilla; en algunas ocasiones parece increíble que una cosa que hasta resulta bonita á la vista, sea un elemento tal de destrucción, lleve en sí tal fuerza y pueda originar la muerte de tantos hombres, y, sin embargo, esa arma tiene una fuerza de penetración superior á la que muchos pudieran figurarse. Son insignificantes los obstáculos que pueden oponerse á ella. Tiene vigor suficiente para, á cuatro mil metros y aun á más, poner á un hombre fuera de combate. Esta es un arma importantísima porque es el arma de la infantería, y ésta, á pesar de las radicales transformaciones que la guerra ha sufrido, sigue siendo la fuerza decisiva, la que se ha llamado y se seguirá llamando *la reina de las batallas*.

El cañón.— Sobre esta materia habría para estar hablando mucho más tiempo del que yo dispongo y para consumir mucha más paciencia que aquella de que vosotros podéis disponer. Sólo la enumeración de los tipos de artillería hoy existentes llenaría ya un grande espacio y por eso sólo voy á enunciar algunos de los universalmente aceptados, aun cuando muchos de ellos no sean conocidos, por desgracia, en nuestra Patria, más que por fotografías y referencias. Desde el cañón ligero de campaña cuyo calibre varía poco entre 75 y 80 milímetros, hasta el formidable mortero de 420 milímetros revelación de la presente guerra, hay una porción de tipos intermedios en la artillería terrestre; hay el cañón de 10 centímetros, el de 12, el de 14, corto y largo, el

obús de 20 pesado, el de 25, el mortero de 280 milímetros, el de 305, el de 400 (recientemente construido en Francia) y el de 420. En la marina los tipos son también muy varios y muchos de ellos han sido aplicados en tierra, desde el minúsculo cañón de 37 milímetros contra aeroplanos y torpederos hasta el de 400 que se dice van á montar los acorazados norteamericanos actualmente en construcción, se pasa por el de 46 milímetros, el de 76, el de 101, el de 120, el de 152, todos de tiro rápido, al de 210, el de 255, el de 280, el de 305, cuyo proyectil pesa 445 kilos y alcanza 15 kilómetros, para llegar á los formidables de 343 milímetros, los de 356 y los de 381 (los mayores experimentados hasta la fecha que disparan proyectiles de más de 700 kilos de peso) y todos estos cañones son la quintaesencia del perfeccionamiento mecánico, con su retroceso sobre frenos hidro-pneumáticos, su vuelta automática á la posición de fuego por potentes muelles recuperadores que al propio tiempo proyectan dentro del ánima de la pieza una corriente de aire comprimido que al tiempo que la refresca impide salgan hacia atrás los gases producto de la combustión de la pólvora que podrían lesionar á los artilleros; viéndolos parece increíble que el cerebro humano pueda llegar á más de lo que se ha llegado. Resulta maravilloso ver en nuestra artillería - única que he podido estudiar —, el cañón Schneider de campaña, la rapidez, la precisión, el acierto y la distancia á que coloca sus proyectiles; horroriza pensar la situación en que han de encontrarse los hombres, expuestos á aquella verdadera lluvia de proyectiles; cada pieza puede hacer veinte disparos por minuto, y yo he podido ver en algunas maniobras estallar sucesivamente tres granadas en el

humo que había producido la explosión de la primera. Esto revela hasta qué grado de perfeccionamiento se ha llegado en estos materiales de destrucción.

La ametralladora, esa máquina verdaderamente diabólica que siembra la muerte en haces de dispersión mínima y de eficacia máxima. Las ametralladoras que tiene nuestro Ejército —únicas también que yo he podido comprobar—llegan á hacer hasta una velocidad de 450 disparos por minuto; pero aunque no pasen de los 300 que suelen hacer en tiro normal, me parece que es demostración más que suficiente de la potencia destructora de esas armas llamadas por algunos la fusilería condensada.

Después vienen como medios auxiliares los aeroplanos, los dirigibles, los automóviles blindados, y esto sólo en lo que se refiere á la defensa terrestre; no tratemos de la defensa marítima porque iríamos demasiado lejos; en esa el problema se ha complicado en una magnitud extraordinaria más que por la diversidad de tipos, que ahora tienden á reducirse, porque al querer acumular en ellos todos los elementos esenciales de ataque y defensa se ha aumentado su coste y se ha hecho de ellos aparatos de difícilísimo manejo. No viéndolos es difícil formarse idea de lo que son los modernos buques de guerra, desde el potente y formidable acorazado hasta el frágil y veloz torpedero; del submarino no puedo hablar porque aún no he visto ninguno.

Ved, pues, la serie de elementos que se han ido acumulando por todos y cada uno para la defensa de su pedazo de territorio, de su casa, de su Patria.

Y expuestos los elementos de la lucha surge inmediatamente un problema, quizás el más difícil de resolver

de todos los que al material se refieren: el de surtir á todas esas máquinas de municiones pura que den su rendimiento, el de componerlas cuando se averíen, el de reponerlas cuando se inutilicen.

No quiero cansaros con datos acerca de lo que se necesita para reposición del material de guerra, baste un ejemplo elegido entre lo más sencillo: un fusil tiene como duración máxima cinco mil disparos. Un soldado en una guerra regularmente movida, en menos de dos semanas los ha disparado, y es preciso reponer ese fusil; tanto es así que aun antes de inventarse el armamento de fuego rápido de repetición, cuando la campaña de 1870-71, la previsora Alemania tenía en sus parques á razón de tres fusiles por soldado combatiente y uno para la reserva, estando las fábricas perfectamente aptas y dispuestas para ir reponiendo constantemente dichos fusiles, que estaban desgastándose en la línea de fuego. En artillería sucede lo mismo: un cañon de 305 milímetros, á los 100 disparos queda inútil y hay que fundirlo de nuevo. En cuanto á las municiones, para qué os he de insistir sobre ello. Todos habréis leído el problema que ha constituido la fabricación de municiones para todos los pueblos beligerantes en la guerra actual. La industria oficial no ha bastado para atender á esto, ha sido preciso recurrir también á la industria privada é incluso á la de otras naciones.

Muchos de vosotros, que no sois militares, seguramente ignoráis lo que significa la movilización de un regimiento. En alguna ocasión, hablando con amigos míos, me ha ocurrido decirles: «Bueno, y vosotros, ¿cuántos cartuchos calculáis que un regimiento lleva consigo?» A lo que me contestaban: «Por mucho, por

mùcho, cien mil cartuchos.» La cuenta es bien sencilla: cada regimiento tiene tres mil hombres; cada soldado lleva consigo 150 cartuchos y otros 150 que lleva en los mulos de compañía y el parque regimental. suman 300 cartuchos por hombre, con lo cual resulta cerca de un millón de cartuchos por regimiento; es decir, que para movilizar setenta regimientos de infantería, que son los que integran nuestro Ejército —y no tendrán seguramente más que para el primer día de fuego — se necesitan 70 millones de cartuchos. Decidme si esto se puede preparar en un momento dado ni en cuestión de horas.

Pero, además, hay otra cuestión, que es la trascendental y la importante. Todas estas máquinas no se mueven solas, necesitan quien las mueva, y por lo mismo que son máquinas muy perfectas se requiere que el mecánico que las maneje las conozca muy bien, porque si no en seguida surge en ellas el deterioro. Y si para el aprendizaje de cualquier oficio se necesita bastante tiempo, figuraos el que se llevará aprender el manejo de esas armas, muchas de las cuales tienen un complicado y delicado mecanismo, para la defensa del interés de todos, y por tanto, el que las maneje deberá hacerlo á la perfección, con cuanta mayor perfección mejor para obtener de ellas el máximo de rendimiento.

Que para hacer bien una cosa lo primero que se necesita es saber hacerla, es una verdad tan evidente que por axiomática no he de insistir sobre ella, ya que hasta es frase popular la de que *nadie nace enseñado*.

Tenemos ya, pues, expuestos dos de los términos del problema: el material y el personal.

Demos por supuesto que el material existe de antemano y en abundancia, cuidadosamente guardado en par-

ques y almacenes; que el repuesto de municiones y las fábricas encargadas de reponerlas con toda la abundancia necesaria, están en proporción con ese material al que han de nutrir. Esto no basta.

Demos también por supuesto que todos los hombres útiles conocen á la perfección el manejo de esas armas y hasta que las han ensayado previamente de manera que cada uno no tenga que hacer más que coger una y hacerla funcionar. Aún no es bastante.

Es preciso, además, que cada uno sepa de antemano el arma que ha de coger, según sus especiales aptitudes, que sepa el lugar á que ha de dirigirse, el puesto que ha de ocupar. En una palabra, que reine el orden más absoluto; si no, todo será inútil, surgirá la confusión y aquella riqueza será botín del adversario, y el tiempo empleado en el aprendizaje, tiempo perdido en absoluto.

Este es el tercer término de la cuestión, el que me ha llevado á la conclusión de que el Ejército es indispensable, pues sólo en él puede darse el medio de que el conjunto resulte armónico.

Por eso nunca me cansaré de repetirlo, aun á riesgo de hacerme pesado: si para la defensa de la Patria es importantísima la cuestión del material, aún hay otra cosa más importante: la de que tengan todos los hombres que han de llevar á cabo una misión los conocimientos precisos para realizarla como es debido. Y otra más importante todavía, la de la organización, porque es preciso que todo ese mecanismo complicado de la movilización de fuerzas, de reservas, de municionamiento, de racionamiento, de evacuación de heridos, funcione bien; pues, como dice Moltke, hablando de la prepara-

ción de la campaña de Bohemia, «era necesario que todos los Cuerpos estuvieran igualmente prontos á entrar en campaña, porque un ejército es un gran organismo cuyas partes todas deben apoyarse mutuamente y obrar de consuno; si flaquea una sola, queda paralizado todo y no puede realizarse el plan general».

Y al tratar de los problemas anexos á la guerra, he tocado uno que merece párrafo aparte y especial mención (pues abarca á los tres extremos de material, de personal y de organización): el de la evacuación de heridos.

Es un deber sagrado, un deber de humanidad, no puede consentirse que un hombre quede nunca abandonado en su infortunio; pero, más que nadie, tiene ese derecho el que cae en defensa de la Patria, el que ha derramado su sangre por la tranquilidad y la felicidad de todos; ese tiene derecho á una consideración especial. Es necesario, por tanto, facilitarle á ese hombre que ha arriesgado su vida por nosotros, no sólo los medios de que se cure pronto, bien y con comodidad, sino que es necesario atender al trastorno que en su espíritu ha tenido que producir, quizás más que el dolor de las heridas, el ambiente de que se ha visto rodeado al caer en medio de esos torbellinos de fuego, de esas lluvias de plomo, ante esa muerte que se siente venir y no se ve de dónde, es necesario que vea ese hombre que ha derramado su sangre, que ha arrostrado todos aquellos sufrimientos, que ha hecho tan enorme sacrificio por alguien que sabe agradecersele.

Vemos, pues, que en el Ejército lo más trascendental, lo más importante, lo verdaderamente insustituible, donde radica el nervio de su fuerza, la que pudiéramos llamar la madre de la victoria, es la organización.

La máquina más perfecta no funciona si sus piezas no están bien acopladas. De nada servirá el material más excelente y abundante en manos de quienes no lo sepan manejar. Es más, aun cuando ese material esté en manos de personas peritísimas, será casi en absoluto ineficaz si cada uno pretende hacer las cosas prescindiendo de los demás, según su criterio individual ó su capricho. Es menester que exista una unidad de acción, una unidad de fin, una unidad de objeto claramente determinado, y esto sólo se consigue de una manera, con una disciplina férrea, bien entendida, basada en principios bien estudiados, de verdadera superioridad, pero rígida, inflexible, inexorable.

Sin la disciplina no hay Ejército posible, y sin Ejército no hay defensa eficaz. Voy á tratar de demostrároslo con unos cuantos ejemplos que he buscado precisamente para los españoles que tan enemigos somos de todo lo que signifique disciplina, obediencia ó subordinación.

Yo creo que de todos los pueblos de la tierra, el más individualista, el que tiene un individualismo más perjudicial y peor entendido es España. Aquí cada uno quiere hacer siempre lo que mejor le venga en gana, y, por regla general, siempre nos viene en gana no hacer nada (tal vez sea indiosincrasia de la raza), sobre todo si no vemos un resultado inmediato ó un peligro inminente.

Siempre creemos que á última hora hemos de llegar á tiempo, sin tener en cuenta que el soldado no se improvisa, y voy á tratar de probarlo. Cuando estalló en los Estados Unidos de Norte América, la guerra de Secesión, patriotismo mayor, mayor entusiasmo, mayor ánimo por parte de los beligerantes es difícil que se encuentre

en ninguna circunstancia: bandas de música, banderas desplegadas, alistamientos de voluntarios en masa, batallones que se nutren en horas, que se arman á toda prisa y que salen para los campos de batalla. En cuestión de días se organizan ejércitos de 30, de 40 ó de 50 mil hombres, hasta que surge el primer choque, y con el primer choque el primer fracaso y el primer desengaño. Si el Gobierno de los Estados Unidos hubiese tenido un ejército permanente, medianamente organizado y dispuesto, quizás con la primera batalla hubiera terminado la guerra; pero sucedió todo lo contrario; aquellos voluntarios que ardían en patriotismo, que ansiaban medirse con sus adversarios, en el primer choque se entusiasmaron, demasiado quizás, del feliz resultado, cundió la indisciplina y vino el desastre de Bull Run á enfriar todos aquellos ardores. Las exigencias del Gobierno de Wáshington (siempre la política mezclándose en la guerra, y siempre con iguales funestos resultados), hicieron al general Scott, que era enemigo de que la operación se realizara mientras las tropas no estuvieran bien instruídas y disciplinadas, dar la orden de marcha sobre Richmond, y ver cómo relata Blaine, en su obra *Veinte años de Congreso*, lo que allí sucedió:

«En 21 de Julio recibió Mac Dowell la orden de avanzar y junto al arroyo de Bull Run encontró al enemigo. Los confederados cedieron ante el empuje de los federales; pero entonces la indisciplina lo echó todo á perder, porque el cuarto regimiento de Pensilvania y el octavo de Nueva York, que era de artillería, habían pedido la noche anterior su sueldo y la licencia para volver á sus casas por haber concluído sus tres meses de servicio, y á pesar de todas las súplicas del general Mac Dowell

para que se quedaran solamente cinco días más, á la mañana siguiente, cuando el ejército marchó al ataque, ellos abandonaron el campamento, y en medio de los estampidos de la artillería enemiga emprendieron con sus baterías la marcha de regreso. Los otros regimientos avanzaron en el mayor desorden; no había servicio de guerrillas ni de descubierta; los jefes no tenían ni siquiera mapas ni planos topográficos; los soldados se diseminaron, unos fueron á beber agua en el arroyo, otros á coger bayas al bosque y todo fué confusión. El General confederado Johnston volvió á presentar la batalla después de un movimiento hábil y aun cuando el federal Jackson consiguió reunir alguna tropa en buen orden, pronto se apoderó de ella tal pánico, que huyó á la desbandada y no paró hasta las puertas de Wáshington.»

Este sangriento desastre hace decir al autor citado en un arranque de convencido dolor: «la experiencia había demostrado que la guerra ha de hacerse forzosamente según enseña la ciencia militar».

En cuanto al ejército confederado, como adolecía de los mismos defectos que el federal, no supo sacar provecho alguno de esta victoria obtenida á fácil precio, ni de otras, que á análogo coste consiguió más adelante. Después de cada triunfo todo se volvían festejos populares y agasajos á las tropas sin preocuparse de lo que verdaderamente interesaba, y la guerra andaba en manos de la veleidosa fortuna, que tan pronto se inclinaba por unos como por otros, y así se prolongó aquella lucha fratricida que duró cuatro años, hasta que robustecido al fin y basado en los buenos principios militares, gracias á la energía de Grant, pudo el ejército del Norte obtener victorias decisivas que trajeron una paz tan necesaria.

Pero aún hay ejemplos que confirman aún más mi teoría en época mucho más reciente. Todos recordaréis la guerra anglo-boer. Esta es un caso verdaderamente típico y quizás único en la Historia, que puede servir de efficacísima enseñanza á los pueblos que parece que se complacen en vivir desprevenidos.

Los boers eran, individualmente considerados, el tipo ideal del guerrillero, grandes conocedores del terreno, acostumbrados á la vida de campo, valientes, vigorosos, excelentes jinetes, magníficos tiradores, bien armados y defendiendo el suelo de su patria al lado mismo de sus bases naturales de operaciones.

El principio de la guerra no pudo serles más favorable: el ejército inglés, arrollado y arrojado dentro de su territorio; el general White sitiado en Ladysmith; sitiados igualmente Kimberley y Mafeking, estaban los defensores de las pequeñas Repúblicas completamente dueños del campo; las tentativas de Sir Reverds Buller por un lado y las de Lord Methuen por otro, fueron una serie de sangrientos desastres. El primero en Colcuso sufrió una vergonzosa derrota, en la que perdió 10 piezas de artillería de las 42 que llevaba. El segundo, en Belmont y Maggerfontein, sufre también considerables reveses, y en Modder River no puede calificarse de victoria el fugaz éxito obtenido por los ingleses, que se limitaron á ocupar sin lucha una posición abandonada por el enemigo durante la noche.

Estos desastres, y el mayor aún de Spion Kop, hicieron creer á muchos, principalmente en nuestro país, que había sonado la hora del fin de los ejércitos y que bastaba con un puñado de guerrilleros decididos para obtener la victoria, sin tener en cuenta que los éxitos de

los boers obedecieron tanto ó más que á su pericia á la impericia del ejército inglés, que no tenía de tal más que el nombre, y que, desmoralizado, falto de preparación y de conocimiento, no hacía más que cometer errores y verdaderos desatinos tácticos y estratégicos, que no podían conducir á ningún resultado bueno. Prueba de esto fué que, cuando como en el combate de Elands-laagte, se aplicaron bien los principios reglamentarios tácticos, y hubo un hombre enérgico y decidido, como lo fué en ese hecho de armas el Coronel Hamilton; el éxito coronó los esfuerzos de los ingleses.

Y prueba también de mis asertos fué el ningún resultado que los boers sacaron de sus victorias. Después de cada una de ellas, en vez de emprender una activa persecución que acabara de aniquilar á los, en aquel momento, desmoralizados batallones ingleses, les daban tregua para reponerse, cubrir bajas, recibir refuerzos y prepararse de nuevo para la lucha. Así los ingleses, gracias á la disciplina militar, pudieron reponerse de tan repetidos desastres, y cuando la energía de lord Kitchener y la pericia de lord Roberts restablecieron el espíritu de las tropas y los buenos principios, la guerra cambió radicalmente de aspecto y bastaron unos cuantos combates, unos cuantos movimientos estratégicos bien estudiados, para conducir á los boers al desastre de Paardeberg, término real de la guerra, que desde aquel momento quedó reducida á una lucha de guerrillas, hasta que las heroicas pequeñas Repúblicas fueron por completo dominadas. Si los boers hubieran tenido un ejército bien constituido, una organización militar siquiera mediana, al ocurrir estos primeros desastres en el ejército inglés hubieran podido cortar sus líneas de

comunicaciones, aislar aquellos cuerpos de ejército de su base de aprovisionamiento, hacerlos prisioneros en masa, y en los primeros meses de la guerra habrían impuesto á Inglaterra una paz verdaderamente deshonrosa. Pero como no eran militares, como no tenían disciplina ni espíritu militar, Inglaterra tuvo tiempo de acumular sus inmensas reservas haciendo valer todo el peso de su poderío, y las pequeñas Repúblicas Sudafricanas sucumbieron al fin y al cabo ante la fuerza numérica del ejército que la Gran Bretaña mandó allí. Y era verdad que Inglaterra no estaba preparada; pero como disponía de tiempo y de dinero, elementos que les faltaban á las dos Repúblicas, éstas, á pesar de su valor, á pesar de su heroísmo, fueron las que sucumbieron. ¿Por qué? Por la falta de disciplina; y al asegurar esto no atestiguo con muertos. Uno de los Jefes más conocidos y prestigiosos, quizás el más popular y admirado de esta guerra, Cristián De Wett, lo dice claramente: «*Mis burghers*, habituados á la vida tranquila é independiente de colonos, no tenían la menor idea de la disciplina militar, ni de su necesidad para la guerra; no eran recalcitrantes ni tenían mala voluntad; pero no comprendían su cometido.....; próximos á entrar en combate, cada uno pretendía dar su opinión y discutir. Esta independencia que, considerada desde el punto de vista militar, aparece como indisciplina, nos proporcionó numerosos reveses.»

Más adelante relata el ataque de un tren á quien el fuego de los boers había obligado á detenerse; el jefe dió repetidamente la orden de asaltarlo, pero los atacantes vacilaron y el tren, aprovechando tales vacilaciones durante la noche, partió. En aquel tren iba lord

Kitchener que pudo huir gracias á la indecisión de los boers.

Cuando después de la toma de Bloemfontein se apoderó el pánico de los boers, decía De Wet al Generalísimo Joubert: «General, usted conoce como yo á los *africanders*. Son colonos honrados, hábiles en la guerra, generalmente valientes; pero no conciben la disciplina militar. La mayor parte quieren marcharse. Ni usted ni yo podemos obligarles á permanecer en los comandos».

Por eso, viendo estos ejemplos, dice nuestro culto compatriota el General Banús: «La disciplina dió á los ingleses en la derrota la cohesión que no pudieron encontrar los boers en la victoria á causa de su exagerado individualismo».

Pero es más; aun en ejércitos organizados, análogamente instruídos, equipados y armados con elementos casi idénticos, la ventaja es del que aun con inferioridad numérica posee en más alto grado las dotes morales de abnegación, espíritu militar y sobre todo de disciplina.

No hay más que ver la guerra ruso-japonesa, que todos seguramente conocéis; y esto me recuerda una frase de un periódico madrileño que, al romperse las hostilidades, publicaba una fotografía de un pintoresco paisaje del Japón, y decía: «¿No véis, al pensar en el formidable coloso ruso en lucha con este pueblo tan chiquito, que parece sentirse así como un cierto ruido de cacharros rotos?» ¡No fué mala la rotura de cacharros! Desde el combate de 6 de Febrero en que la escuadra rusa perdió el dominio del mar por aquella sorpresa audacísima de los torpederos japoneses, hasta la batalla de Tsushima, el desastre naval más grande que registra la

Historia, en el mar; y en tierra, desde el combate del Yalú hasta el de Mukden el ejército ruso no tuvo un momento siquiera en que el éxito le acompañara. Es verdad que en un principio tenía inferioridad numérica, pero esa inferioridad numérica de los rusos no obedecía más que á falta de preparación, á las torpezas de sus Gobiernos, que no habían sabido prevenir á tiempo el caso y las circunstancias en que habían de verse más tarde; y que el soldado ruso, respecto al japonés, estaba en condiciones de una inferioridad manifiesta, pues la mayor parte de su ejército la componían divisiones de la Siberia y de reserva; mientras que el Japón había puesto en línea su ejército todo, pero, principalmente, lo mejor de él, la flor y nata; y el ejército japonés, puede decirse sin temor á ser desmentido, que es hoy por hoy el mejor ejército de la tierra. Y esas fueron las consecuencias: frente á la apatía, al apocamiento, á la debilidad de temperamento del ejército ruso, la eficacia, el vigor, la energía, la mayor suficiencia del ejército japonés. Consecuencias: El formidable oso moscovita fué vencido en poco más de un año y tuvo que firmar una paz vergonzosa. Es más, en los tiempos modernos, una autoridad en la materia tan indiscutible como el General Von Bernhardi, tratando del error en que incurren muchas naciones de Europa, plantea el problema de la fuerza y del número. Casi todas las naciones miden la fuerza de los ejércitos por los coeficientes en el papel: nación tal, tantos regimientos, tantos escuadrones, tantas baterías, igual á tanto. Nación cual, cuantos regimientos, cuantos escuadrones, cuantas baterías, total cuanto. Mayor fuerza tal nación que cual otra. No es cierto. Dentro, hasta de las clases ó de los grupos de un

mismo ejército, no pueden considerarse éstos con igual eficacia ni con igual valor militar las fracciones que lo integran. No es igual el ejército de primera línea que el ejército de reserva, ni igual el de la primera reserva que el de la reserva territorial.

Es necesario atender en el Ejército hoy día, no sólo á la cantidad, sino á la calidad, principalmente á ésta, y sobre todo los que como nosotros son una nación pequeña, pues por muchos esfuerzos que España haga, por mucho que exprima á su población masculina, de sus 20 millones de habitantes no podrá sacar más allá de dos ó tres millones de hombres aptos para el manejo de las armas, mientras las naciones que la rodean, pueden duplicar ó triplicar esa cantidad, porque tienen doble ó triple población. Así, pues, sólo podremos suplir esa deficiencia numérica á fuerza de perfeccionar la calidad en grado máximo.

Y de la certeza de esta teoría tenemos un ejemplo en la guerra balkánica de 1912-1913. Mirados sólo en el papel los efectivos de los Estados aliados y los del Imperio Otomano, todo el mundo veía la vitoria de parte de los turcos, no contaban con que en los años de esclavitud y ansiando sacudir aquel yugo aquellos ejércitos minúsculos de los diminutos estados balkánicos, habían perfeccionado lo que más eficacia tiene en los ejércitos: el corazón de sus hombres, sus medios de combate, su abnegación, su heroísmo, y nos encontramos con asombro con aquella maravillosa infantería búlgara que vencía en Mustafá Pachá, arrollaba al enemigo en Kirk-Kilissé, y convertía en resonante victoria en Bunar-Hisar-Lule-Burgas la que amenazaba ser una gran derrota, pues luchaban 80.000 búlgaros contra 110.000 otomanos que se batieron con verdadero furor.

Otro ejemplo tenemos bien palpable. En medio de todos los países de Europa que están hoy en guerra, existe un estado insignificante por su territorio y por su población: Suiza. Sin embargo, ninguna de las poderosas naciones beligerantes se ha atrevido con la diminuta nación que no tiene más auxiliar que la Naturaleza que la ha dotado de la fortificación de sus escarpadas y altísimas montañas, porque saben que si es pequeña en número y extensión, sin embargo en calidad es insuperable, y detrás de cada uno de sus cerros, como dijo en un discurso admirable el General Martín Arrúe, fallecido ya, unos centenares de aquellos soldados con su fusil, manejado como ellos saben manejarlo, tienen más eficacia que batallones enteros que contra ella se lanzaran. Este es el ejemplo que debemos de tomar y debemos de aprender los españoles, porque para defender el suelo de la Patria, es necesario reunir condiciones de eficacia para poderlo defender con éxito, pero ésta es una labor muy larga y que requiere mucha paciencia y mucha perseverancia.

Las grandes victorias del ejército prusiano en Sadowa primero, y del alemán en Sedán después, no se prepararon en un período de dos ó tres años. Guillermo I, desde la vida de su padre, aunque todo el mundo creyó que terminadas las guerras napoleónicas no volvería á turbarse la paz en muchos años, continuó, sin embargo, queriendo siempre que el ejército prusiano, fuera el primer ejército de la tierra, y cuando en Versalles, á unos kilómetros de París, era coronado Emperador de la Confederación Germánica, cuando había conseguido el sueño dorado de toda Alemania, decía á uno de sus consejeros: «¿Qué dirán ahora todos aquellos pacifistas

enemigos del ejército que se oponían á los gastos militares? ¿Quién tenía razón, ellos ó yo?»

Y vamos al caso concreto, porque quiero terminar, pues noto que voy abusando con exceso de vuestra paciencia. ¿Cuál es nuestra situación actual?

En España es tristísimo el decirlo, pero creo que es absolutamente indispensable, que es necesario que se diga.

Cuando un mal surge y surge potente, amenazando destruir la vida del individuo, lo mejor que se puede hacer es prescindir de paliativos, prescindir de vaselinas y de cataplasmas, yendo á buscar la causa del mal y á combatirla en donde se encuentre. No es—como decía Bismarck—con discursos parlamentarios, ni con votaciones de mayoría como se resuelven los grandes problemas de nuestro tiempo, sino por el hierro y por el fuego.

Pues bien; en la situación en que España se encuentra hoy en día creo que es imprescindible que le apliquemos el hierro y el fuego, para hacer que á fuerza de latigazos sobre la opinión pública se despierte el espíritu patrio; porque la situación en que hoy se halla España es casi de una absoluta indefensión ante una agresión que venga de fuera. Tenemos un ejército verdaderamente insuficiente, ineficaz para el objeto para que se quiere. Y esto, ¿á qué obedece? ¿Es culpa de que el ejército no cumpla sus fines? ¿Es que no se le da al ejército todo lo que necesita? Yo creo que hay de lo uno y de lo otro.

Recuerdo á este respecto una frase de mi querido compañero el Sr. Crehuet, en una conferencia luminosísima que el año pasado dió en este mismo sitio, y hablando del concepto que hoy se tiene de la Administración de

Justicia, decía: «Efectivamente, la Administración de Justicia no es lo que debiera de ser». Pero, ¿qué es la Administración de Justicia, como qué es el ejército sino un organismo más de la gran organización nacional? Y como decía el Sr. Crehuet: «Si en Dinamarca huele á podrido, ¿ha de oler á pebetes de ámbar el ambiente que allí se aspire?» Pues, del mismo modo, ¿ha de ser pura la Administración de Justicia de un pueblo donde el espíritu público carece de esa pureza? ¿Ha de ser puro el ejército rodeado de tantas impurezas?

El ejército adolece de todos los defectos de que adolece el pueblo español. Además, en España sucede otra cosa, y esto es lo verdaderamente triste, y yo creo que se debe corregir desde el primer momento. En España no somos antimilitaristas, no hemos llegado al antimilitarismo revolucionario de Francia, pero hemos llegado á algo peor: á la indiferencia por las cuestiones militares; y es el caso que, con una hipocresía, pudiéramos llamarla refinada, aparentamos que al ejército lo queremos mucho, lo consideramos como nuestro niño mimado, todo lo sacrificamos por él, pero nos contentamos con ir á la Castellana el día de la jura de la bandera á ver cómo desfilan media docena de batallones en columna de honor brillantísima, y nos vamos á casa tan contentos, creyendo que con esto está resuelto todo; no nos hemos preocupado de averiguar si aquellos soldados que tan brillantemente forman la columna de honor estarán capacitados el día de mañana para cumplir con su deber y realizar el sacrificio que se les exija. No sabemos si el municionamiento va á ser suficiente, si el material guarda proporción con el que puedan emplear contra nosotros los que puedan ser algún día nuestros enemigos.



Todo esto nos tiene completamente sin cuidado. ¿A qué obedece esto? Yo lo atribuyo á dos causas: al optimismo, en parte; al pesimismo, quizás también, pero, principalmente, á lo que pudiéramos llamar con una frase tal vez un poco dura, pero no encuentro otra: á nuestra «haraganería». No nos preocupamos del ejército, porque no nos gusta preocuparnos de nada. Echamos mano en seguida, como de una reliquia milagrosa, de los prodigios que hicimos cuando la guerra de la Independencia, y se dice: «¡Ah, cuando llegue el caso, el pueblo del Dos de Mayo levantará la cabeza y hará lo mismo que hizo en aquella fecha!» Pero hay que tener en cuenta las cosas tal y conforme fueron, no hacernos ilusiones y no tratar de engañarnos á nosotros mismos, pues el que vive de sueños sufre amargos desengaños cuando se tropieza con la realidad, y á nosotros el constante hablar de nuestra épica guerra de la Independencia nos ha perjudicado grandemente.

No pretendo yo quitar nada de su mérito á aquel movimiento de inaudita virilidad, brillantísimo, maravilloso, que demostró cuántas energías ocultas, cuántas virtudes ignoradas atesoraba el alma dormida de la nación española. No pretendo negar que España fué el primer pueblo de la acobardada Europa que se atrevió á mirar cara á cara al águila imperial que pretendía sujetar al mundo entre sus garras. Creo que su ejemplo fué fecundo, pues hizo ver á los demás países el camino de la redención y del triunfo; pero no nos hagamos ilusiones, Napoleón no se estrelló en España, Napoleón se estrelló en Europa entera y acabó de sepultarse en Rusia. Si Napoleón no hubiera tenido que acudir á Austria el año 1809, seguramente que el final de su campaña

en nuestra Patria hubiera sido muy distinto. Si no hubiera sufrido en 1812 el sangriento desastre que significó su campaña en Rusia, al que siguió el levantamiento de Prusia y de Austria, seguramente que no hubiéramos podido resistir al empuje de sus armas ni aun con la ayuda de los ingleses, pues nuestro ejército estaba por completo desorganizado, y aquellos Cuerpos organizados por la Junta central y las locales, careciendo de jefes, desprovistos de lo más indispensable, cuantas veces se pusieron enfrente de los imperiales otras tantas sufrieron cruentas derrotas, pues aparte de la de Bailén, única verdadera y resonante victoria, las demás fueron ó insignificantes ó infructuosas, mientras sufrimos desastres como los de Cabezón, Tudela, Alcolea, Rioseco, Burgos, Uclés, Valls, Ciudad Real, Medellín y tantos otros.

Causa verdadera lástima ver tantas energías, tantos esfuerzos empleados en dar golpes sin orden ni concierto como verdaderos palos de ciego.

El Dos de Mayo, aparte de que fué el llamamiento al deber, desde el punto de vista práctico de la guerra no sirvió para otra cosa que para que Murat fusilara un centenar de infelices y quedara dominando en Madrid como dueño y señor.

¿Qué distinta no hubiera sido la suerte de Zaragoza, de Gerona, de Badajoz y Astorga si hubieran podido oponer á sus sitiadores algo más que los pechos de sus heroicos defensores? Si fueron necesarios inauditos esfuerzos para conquistar aquellas ciudades casi sin defensas, ¿qué no hubieran hecho aquellos hombres tras unas sólidas murallas, con una artillería abundante y poderosa?

Pero entonces nuestro insignificante ejército tuvo que esperar la ayuda del inglés y compartir con él los laureles de Ciudad-Rodrigo, Albuera, los Arapiles, Salamanca, Vitoria y soportar las vejaciones de aquellos aliados casi más perjudiciales que los propios enemigos.

Entonces la mayor parte de la gloria correspondió á los guerrilleros que tanto daño hicieron á los ejércitos del César, pero este ejemplo no puede hoy aprovecharse porque las circunstancias han cambiado mucho. Hoy sería imposible reverdecer aquellos laureles. Entonces para esa lucha de emboscada, de sorpresa, de ataque de parejas y patrullas aisladas las fuerzas estaban casi equilibradas; frente á un soldado con un fusil de chispa que se carga en once tiempos y que alcanza 500 pasos, podía ponerse un hombre con una escopeta, que venía á reunir las mismas ó muy parecidas condiciones; y disparado el tiro quedan dos hombres, el uno con una bayoneta y el otro con una navaja, en cuyo manejo es diestro y quizás en este momento lleve superioridad al soldado. El guerrillero vivía en el monte, muy rara vez bajaba á poblado y él mismo se proporcionaba sus municiones rudimentarias. Pero, ¿quién le proporcionará hoy las municiones de fusil que tan precisas y perfectas tienen que ser, ó sólo sirven para inutilizar el arma? ¿Qué eficacia pueden tener esos rasgos aislados frente á la cohesión y el orden de un ejército bien organizado? Aun en aquella época, los guerrilleros no hicieron nada más que causar molestias al ejército francés, que, á pesar de todas las correrías y atrevimientos de los Minas y Empecinados, dominaba en todas las ciudades y hubiera acabado por dominar en España entera.

Viene después una época luctuosísima para nuestra Patria y durante toda la cual el amor á las virtudes militares ha ido decayendo á pasos de gigante.

Terminada la primera guerra civil, con el abrazo de Vergara se inició una época que hubiera podido ser provechosísima si aquella paz interior no hubiera sido turbada constantemente con revueltas revolucionarias. Entonces empezó nuestra funesta política de aislamiento internacional. La guerra de Africa, que tanto y tan legítimamente enorgullece á nuestros padres, fué otra revelación del vigor nacional, pero también estéril en sus resultados, pues tuvimos que ceder á las exigencias de Inglaterra aquellos territorios á tan caro precio conquistados y que tan caros nos habían de costar otra vez, cincuenta y cuatro años más tarde, al tratar de someterlos de nuevo á nuestra soberanía. Esa guerra fué el último destello de nuestra gloria militar.

España seguía debilitándose, desangrándose en discordias interiores, en revoluciones, golpes de Estado y pronunciamientos militares, traducido todo ello del francés; sustituímos la *Marsellesa* por el *Himno de Riego*, pero en el fondo los procedimientos eran los mismos.

Esta es la desdichada época en que caían gobiernos y se formaban Ministerios relámpago; hoy se subleva un general, mañana un regimiento se pronuncia, y viene el caos, la desorganización, hasta que llega un Gobierno revolucionario, sí, pero que viene á restablecer un poco el orden. Mas, claro está, sucedió lo que sucede siempre: «Mientras seas yunque, aguanta; si te hacen martillo, aprieta.» Aquel Gobierno revolucionario que había venido siendo yunque durante muchos años, se encontró de pronto convertido en martillo, se encontró

con las riendas del Poder en la mano, se encontró con las páginas de la *Gaceta* y con el Poder legislativo á su disposición. Y entonces, dijo: «Si yo he llegado hasta aquí, gracias á los golpes de Estado, á los pronunciamientos militares, á las sublevaciones y á las barricadas, es necesario que todo esto no vuelva á ocurrir en lo sucesivo; es necesario impedir que vuelvan en ninguna ocasión los militares á sublevarse y los paisanos á ponerse de su lado para derrocar este Gobierno que nosotros hemos constituido.» ¿Y cuál fué la manera de conseguirlo? No trataron de destruir el ejército, no les tenía cuenta. Lo que hicieron fué sembrar la discordia en él, halagando á unas clases y postergando á otras. Era necesario que los paisanos no pudieran levantar la cabeza, y vino la legislación sobre uso de armas de fuego, y nos encontramos con un Gobierno que se llama liberal, que ha subido al Poder gracias á una revolución, el Gobierno provisional de que era jefe el General Serrano, que consigna en el Código penal, firmado por el mismo General Serrano el año 1870, un delito que, de todas las legislaciones del mundo, únicamente la española es la que le contiene. Es el delito previsto y penado en el artículo 423 del Código penal vigente, por el que se condena el sólo hecho de disparar un arma, aun cuando no haga daño alguno, á la pena de prisión correccional en sus grados mínimo y medio.

Esto es una verdadera anomalía jurídica reñida con todos los principios fundamentales en que se basa la ciencia del derecho, y para muestra voy á citaros un caso; es un hecho que ha acaecido—y va de cuento—en la provincia de Ciudad Real: riñeron en una feria, un gitano y un castellano; el gitano sacó uno de esos

pistolones formidables que ellos acostumbran á usar, y el castellano una navaja. El gitano dispara contra el castellano y no le da, y en cambio, el castellano da al gitano una puñalada que le tiene entre la vida y la muerte veintitantos días; pero el gitano es robusto, de fuerte complexión, y aquella herida que el médico llegó á calificar mortal de necesidad, curó dentro de los treinta días, y el hecho se convirtió en lesiones menos graves. Se va ante los Tribunales con aquellos dos procesados, y resulta: que al castellano, que había puesto á las puertas de la muerte al gitano, aun cuando curó dentro de los treinta días, se le condena por lesiones menos graves á dos meses y un día de prisión correccional; y, en cambio, al gitano, por disparo de arma de fuego contra persona determinada, se le condena á un año, ocho meses y veintiún días. ¿Resulta aquí, ó no resulta notoria la injusticia? A esto no cabe más comentario que el mismo que hizo el gitano al verse condenado: «Pero, á mí, ¿por qué se me condena? ¡Cómo no sea por mal *apuntador!*»

No es que yo pretenda que todo el mundo puede andar á tiros, pero sí sostengo que el delito lo es y en un grado determinado, no por sus resultados ó consecuencias, sino por sus circunstancias; que lo mismo se mata á un hombre con un palo, una navaja ó un revólver y el autor de la muerte es un homicida, que se le causan solamente lesiones empleando análogos medios, y no veo motivo para que se imponga más pena al empleo de un arma que al de otra. En pureza de doctrina penal, ó hay delito ó no le hay por el hecho y por sus circunstancias, sea cual fuere el medio.

Pero lo peor del caso no es sólo el que esa legislación

arbitraria haya dado lugar á tales consecuencias jurídicas; es que con esas y otras medidas análogas, han matado en nuestra raza el espíritu de combatividad, han enervado el organismo nacional y en fuerza de querer evitar levantamientos y convulsiones, han apretado de tal manera las ligaduras, han suministrado los antiespasmódicos en tales dosis, que han provocado el letargo del sistema nervioso y la anquilosis de los órganos motores.

Hoy día, las armas de fuego inspiran á los españoles un santo terror; sin tener en cuenta (y esto lo he dicho hace pocos días en un artículo que he publicado en el *Tiro Nacional*), que cuando se tiene en casa un mastín para la defensa, no por miedo á sus mordiscos ó á que un día pueda rabiarse le deben arrancar los dientes, sino acariciarle, ó castigarle en debida forma, en una palabra, domarle, pero sabiendo siempre hacerse amar y respetar de él como amo, y conservar su vigor y fiereza contra los enemigos de fuera.

No le quitéis al pueblo sus virtudes bélicas; gobernadle bien para evitar que un día quiera hacer uso de su fiereza contra vosotros; pero no tratéis de debilitarle, pues ese pueblo es el que tiene que defenderse el día de mañana contra una agresión que venga de fuera.

Y así sucedió, que llegamos á encontrarnos sin pueblo y sin ejército.

Y así llegamos al desastre.

Las ideas reformistas de Cassola que encontraron tan ruda oposición por parte de la mayoría de los políticos, quedaron ahogadas en flor; y en cambio como panacea universal de todos nuestros males, vino el famoso *Presupuesto de la Paz*, que acabó de dejarnos indefensos.

El año 1893 tuvimos, sin embargo, un aviso providencial, pudimos aprender mucho. Unos cuantos rifeños desarrapados pusieron en grave aprieto á la guarnición de nuestra plaza de Melilla. Fué preciso enviar refuerzos, pero como se carecía de todo, se tardó una porción de tiempo en poderlos mandar; desde el día 2 de Octubre en que tuvo lugar el primer choque, no llegaron hasta el 22 los regimientos de la brigada Ortega, ¡que estaba en Málaga!, y para eso con los efectivos de pie de paz, unos 1.200 hombres. La brigada de cazadores no llegó hasta el día 30. De Madrid se enviaron los 70 soldados de Saboya y Puerto-Rico que estaban entonces aprendiendo y ensayando el mausser, y para completar en la plaza africana 18.000 hombres de todas las armas hubo que movilizar, además de los batallones ya indicados, once regimientos de línea, dos batallones de cazadores, un regimiento de caballería y dos baterías de montaña.

Aquello fué una vergüenza, aquella movilización un modelo de desbarajuste; reservista hubo, algunos de los que me escuchan fueron víctimas de ello, que tardaron más de un mes en poder reunirse á sus Cuerpos y tuvieron que recorrer para ello toda la Península tres ó cuatro veces en todos sentidos.

La panacea no había dado los resultados esperados, los siete millones ahorrados en guerra no habían servido más que para tener que gastarlos doblados después de haber hecho el ridículo y demostrado nuestra impotencia.

Sin embargo, como los enamorados del cantar que piensan que nadie los mira y todo el mundo los ve, creímos que pasado aquel nublado ya nada había que

temer, sin percatarnos de que allende el Atlántico había quien nos espiaba implacable; y viendo lo que había pasado y un año justo después de lo que más arriba dejo relatado, el 24 de Febrero de 1895 se daba en Baire el grito de rebelión por los insurrectos cubanos.

Se repitió entonces, aunque en menor escala, lo que había ocurrido antes en Melilla: se mandaron tropas, pero tarde. Los primeros refuerzos salidos de España, 8.500 hombres, no llegaron á Cuba hasta fines de Marzo, y aunque se hizo un esfuerzo y hasta final del año 96 se enviaron 113.000 hombres, se hizo el envío en once expediciones, y como al empezar la lucha sólo había allí 13.000 soldados, la rebelión adquirió tal incremento que aun con aquellos medios era difícil sofocarla, y el honor de nuestras armas quedó muchas veces en entredicho á pesar del valor personal, de los muchos casos de heroísmo individual de los encargados de sostenerlo.

Es lo de siempre, la consecuencia de la falta de oportunidad. Hasta más de 200.000 hombres se enviaron á Cuba en aquellos dos años, pero téngase en cuenta que esta cifra nunca llegó á estar en operaciones, pues hay que descontar el considerable número de bajas que causaba aquel clima, mucho más mortífero que las armas enemigas. Es casi seguro que en seis meses hubiera terminado todo con 50.000 soldados tenidos allí á tiempo y de una sola vez.

Y aún hay más. A pesar de que desde el principio de la rebelión la actitud de los Estados Unidos no dejaba lugar á dudas, no hicimos contra ellos ningún preparativo en el lugar en que, de llegar á la guerra con ellos, había de resolverse la cuestión, es decir, en el mar.

Perdimos dos años en ditirambos retóricos y diplomáticos, y la guerra surgió y nos cogió como nos cogen siempre estas catástrofes, completamente desnudos para hacerlas frente.

Hicimos entonces lo que tan brillantemente decía el Sr. Alcalá Zamora, en su discurso sobre el proyecto de escuadra: cogimos unos cuantos buques, los blindamos con páginas de la *Gaceta*, los artillamos con plumas de todos los Ministerios y dijimos: He aquí unos acorazados, y los mandamos á luchar con los acorazados yanquis, verdaderos y efectivos, y después de esto aún hubo quien llamó cobardes á los marinos españoles, que se sacrificaron heroicamente por el honor de España sobre aquellos cascarones de nueces.

Es necesario, para que esto no vuelva á suceder, vencer esta repugnancia que los españoles sentimos por estas cosas. Se siente en España, y por esto he venido yo á hablaros de esto, un alejamiento absoluto de estas cuestiones. Si ahora, uno por uno, y como en las votaciones en masa del Congreso, dijéramos, sentados y de pie, de pie los que sepan manejar un arma y estén en condiciones el día de mañana que el caso llegara de salir á defender su Patria á la frontera, estoy casi seguro de que el 90 por 100 de los aquí reunidos permanecerían sentados.

He presentado con toda crudeza el pasado, porque he querido arrancar la costra que cubre la llaga para poder ver en su fondo los gérmenes del mal.

He querido presentaros claramente el que, á mi modo de ver, es vicio originario de nuestra debilidad. Con todo ello perseguía un fin.

Creo que os he demostrado que sólo puede defender-

se eficazmente la vida nacional, la Patria, por medio del ejército; pero si, como dije al principio repitiendo una frase del gran Moltke, el ejército en los tiempos modernos es la Nación en masa con las armas en la mano, á él han de ir á parar todos los vicios que á la Nación aquejen, en él han de resplandecer todas las virtudes que la Nación atesore.

Por eso he venido aquí. Tal como hoy somos no podemos tener un ejército bueno. Todos véis cómo los proyectos de los Ministros de la Guerra, animados de los mejores propósitos, inspirados en los más buenos deseos, han caído si no en el vacío, en terreno muy poco abonado, y no han conseguido la reforma radical, el engrandecimiento notorio y rápido que ellos buscaban.

Yo, muy modestamente, pero con toda sinceridad creo, que este problema no se resuelve aumentando batallones, agrupando brigadas y divisiones ni organizando Cuerpos de ejército. Mientras no haya ambiente, mientras los muchachos vayan á las filas sin entusiasmo y procurando por todos los medios rehuir el cumplimiento de un deber que consideran enojoso, no se habrá conseguido nada. Tendremos un ejército de hombres con todos sus defectos, pero no un ejército de soldados con todas sus virtudes.

A mi modo de ver, el problema es única y exclusivamente de educación.

Es necesario educar á los ciudadanos en el cumplimiento de todos los deberes cívicos para la Administración de Justicia como para la del Estado, hasta para la vida privada.

La obra es difícil y ha de ser muy larga, no se me oculta; pero por lo mismo urge comenzarla cuanto an-

tes, y como por algún sitio se ha de empezar, empecemos la faena de nuestra regeneración por aquello que primero hemos de poner en contacto con los pueblos que nos miran.

No sé quien dijo que por algo las mujeres, maestras en el arte de hacerse admirar, lo que más cuidan siempre es la cara, sin duda porque es lo primero que se ve, y á esto añadido yo que en este respecto el ejército es la cara de las naciones. Cuidemos, pues, de nuestro ejército y empecemos por ahí.

Es, pues, preciso empezar en la escuela y en el hogar á predicar á las generaciones venideras los santos ideales del patriotismo, fuente de todas las virtudes ciudadanas en la paz y en la guerra. Esta es la labor de madres y maestros. Napoleón decía que los hombres escribían la Historia, pero las mujeres la hacían, porque hacían los pueblos. Bismarck dijo que el que venció en Sedán no fué el soldado alemán, sino el maestro.

Convenzamos á nuestras mujeres, que lo mismo que enseñan á sus hijos á balbucear esas primeras oraciones que jamás se olvidan, aunque no se recen; que lo mismo que les enseñan el amor á sus padres, el culto de una imagen venerada á la que tengan especial devoción, deben enseñar á los niños el nombre del gran pueblo en que nacieron, el amor á la Patria, madre de todos, el culto á la bandera, emblema de este amor, para que en el espíritu naciente, en ese alma que se asoma á la vida, se forme este triángulo como base de todas las ideas, pedestal de todas las ilusiones: Dios, la Patria y los seres que le dieron el sér.

Mantengamos siempre vivo este culto. Yo no creo que, como dijo Costa, debamos cerrar con doble llave el

sepulcro del Cid; muy al contrario, abrámoslo de par en par, abramos las tumbas de todos nuestros héroes, pongamos ante los ojos de los hombres de mañana las páginas de nuestra historia para que en ellas aprendan las virtudes y los errores, los triunfos y los reveses, para que imitando aquéllas consigan la victoria, y huyendo de los segundos eviten sus fatales consecuencias. No talemos los laureles; al contrario, procuremos mantenerlos siempre lozanos y con igual verdor, pero no olvidemos que sus hojas tienen forma de lanzas, que no se han hecho para dormir sobre ellos sino para que sirvan de galardón y de acicate.

Y no quiero cansaros más. Ya sé que con todo lo que he dicho no habré conseguido despertar en vosotros más deseo que el de que termine pronto, y ya lo voy á hacer, pero antes quiero dirigiros una súplica: así como no hay libro por malo que sea que no tenga una página buena, así en el montón de ideas que atropelladamente os acabo de exponer, hay una que creo que merece paréis en ella vuestra atención, el fin que me inspiró, el amor á nuestra España.

Pensad en ella, pensad en que mañana seréis responsables ante vuestros hijos de que les habéis dado una vida que tendrán que vivir en una Patria que ellos no os pidieron, y ya que se la dais dádsela grande, fuerte y próspera.

Pensad en el presente preñado de amenazas y temores y aprestaos todos á cumplir con vuestro deber, no sea que llegue un momento en que la voz de vuestra conciencia os grite inexorable y despiada las mismas crueles palabras de la sultana Zoraida á su hijo, el destronado Boabdil: «¡Llorad como débiles mujeres lo que no supísteis defender como hombres!»